

Hólmfríður Garðarsdóttir

Transmutación cultural como vía fiable:

testimonios para todos los tiempos de Quince Duncan

Universidad de Islandia

holmfr@hi.is

El tema de la transculturación, entendida por Fernando Ortiz como “transmutaciones de culturas”, es decir, un proceso en el cual dos o más culturas resultan modificadas por interacción e intercambio (254-262), será investigado en este artículo. Se estudiará la transculturación étnica y cultural costarricense, según la representa Quince Duncan en su narrativa de los años 70.¹ Se señala cómo el autor, por medio de sus textos literarios, presenta la transculturación del pueblo costarricense blanco, mestizo y negro, y cómo la integración (multi)cultural, indispensable para la transición idiosincrática de los pueblos, resulta haber sido, en el caso de Costa Rica, un proceso gradual pero lento. Según lo revelan Meléndez y Duncan, Costa Rica ha sido considerada un caso excepcional para la región Caribe porque fue recién durante la segunda mitad del siglo XX que experimentó pasos conscientes de integración racial entre la población negra de la costa Atlántica y la blanca de la meseta central (ver 82-93). Según explican, el procedimiento hasta entonces se había basado en experimentación individual, ejercida principalmente por la población de la costa, y menos en un trámite formal y oficial.

Con el motivo de promover un mejor entendimiento del tema será necesario repasar, aunque muy en breve, la historia del negro en Costa Rica con el propósito de exponer las situaciones que forman su condición como sujeto social, su realidad cotidiana y su posición

¹ Quince Duncan (1940) ha publicado más de una docena de obras de ficción, estudios socio-culturales e históricos, es profesor emérito de la Universidad Nacional de Costa Rica y en 2001 recibió el reconocimiento de Doctorado Honoris Causa de St. Olaf College, Northfield, Minnesota.

socio-cultural y política, para luego observar cómo queda reflejado en los textos del escritor afro-descendiente costarricense Quince Duncan. A continuación se trabajará principalmente con su colección de cuentos *Una canción en la madrugada* (1970) y dos novelas: *Los cuatro espejos* (1973) y *La paz del pueblo* (1976).

La historia del negro en Costa Rica

En las expediciones que se hicieron a las costas de Costa Rica durante la época de la conquista se encontraban esclavos africanos como tripulantes en los barcos, aunque, según las leyendas populares, éstos no llegaron a instalarse en Costa Rica. No obstante, y como lo confirma Mauricio Meléndez Obando al hablar de los mitos fundacionales centroamericanos:

The myths have collapsed in the face of recent genealogical and historical studies that prove the distant, three-part origins of both Nicaraguans and Costa Ricans, peoples moreover so connected by intermarriage since colonial times as to surprise the xenophobes of both nations (perhaps even more the Costa Rican). (Citado en Gudmundson y Wolfe 336).

Si bien es cierto que desde el siglo XV uno que otro esclavo venía en compañía de su dueño, no es, sin embargo, hasta el principio del siglo XVII que hay evidencia de esclavos que fueron instalados como trabajadores en las fincas de la costa caribeña (ver Meléndez y Duncan 18-24). El comercio de esclavos en Costa Rica llegó a ser una actividad comercial al mismo tiempo que las plantaciones de cacao se expandieron en la zona, es decir, hasta las últimas décadas del siglo XVII y a principios del siglo XVIII, cuando: “In some ways their quasi-free lifestyle compared favorably to that of free peasants” (Lohse 57), y, quizás, porque: “Ironically the cacao haciendas offered enslaved men opportunities for freedom and social mobility only because they were located in an unhealthy and dangerous place that Spaniards deemed fit only for blacks” (Lohse 82). La necesidad de una mano de obra barata impulsaba la esclavitud tanto en Costa Rica como en otros lugares del Caribe, y los esclavos fueron ante la ley meras herramientas de trabajo, propiedad absoluta de su dueño:

A las márgenes de dichos ríos (Berrilla y Matina), empezando cerca del mar, están pobladas las haciendas de cacaotales, que son unos ranchos de palos cubiertos de paja, y los árboles frutales, en los que habitan uno o dos negros todo el año en cada uno de ellos. Dichos negros cogen el cacao y lo remiten a Cartago, y sólo en tiempo de las cosechas, que son San Juan y Navidad, suelen bajar algunos de los amos a recogerlas, a las que asistían todos hasta el año cuarenta (1740) que cesó el comercio ilícito. (Meléndez y Duncan 34).

El papel principal del hombre negro en la sociedad de aquel entonces consistía casi exclusivamente en el trabajo físico como esclavo y el de las mujeres negras, en actividades domésticas. No obstante, muchas de las mujeres fueron ganando libertad mediante las relaciones que mantenían con sus amos y al dar a luz a mulatos libres. Así se fue formando en el país una población que no pertenecía a ninguna raza establecida, sino que formaba una franja fronteriza entre las etnias y las culturas que habitaban sus regiones. Vale apuntar que la mayoría de la población de la zona atlántica se dedicaba a la agricultura de subsistencia más que la de plantaciones y que este sistema no se fortaleció con el trabajo de los esclavos, pues estos se convertían en unas bocas más que mantener.

En Costa Rica, antes y durante la lucha por la independencia, se promovía como causa el tema de la abolición de la esclavitud. Sin embargo, no fue hasta el 1822 que se presentó en la Asamblea Federal de Centro América la propuesta de que todo esclavo actual podía libertarse por la mitad de su precio y que los hijos de esclavos serían libres. Demoró la promulgación de tal ley, hasta que entró en vigencia el 17 de abril de 1824 (ver Gudmundson y Wolfe 170). En Costa Rica solo se ha encontrado información de 89 personas esclavas que obtuvieron su libertad después de que esta ley había sido aprobada, lo cual puede indicar que se había reducido el número de esclavos en el país y entonces que pocos negros formaban parte de la población (ver Meléndez y Duncan 48 y 49). Por eso, Harry G. Lefever puede observar que “[...] now 75 - 100.000 Afro-Caribbeans are not descendants of ex-slaves, rather descendants of late-nineteenth and early twentieth century arrivals from Jamaica, San Andrés, Panama and Nicaragua” (62).

La cita señala que fue durante la segunda mitad del siglo XIX que había aumentado la inmigración de los negros al país. Por un lado, por la formación de las bananeras y, en segundo lugar, por el comienzo de la construcción del ferrocarril en 1873. Algunos trabajadores se incorporaron para establecerse en el país mientras otros muchos vinieron por temporadas. Las relaciones entre el negro trabajador y el estado costarricense fueron escasas. Muchos vinieron por poco tiempo y no se consideraban costarricenses; al mismo tiempo, las autoridades veían en ellos solo herramientas de trabajo. No obstante, la realidad resultó otra porque según explica Ronald N. Harpelle: “[...] from the beginning, fiscal problems associated with the construction of the railway worked against Costa Rica’s interests” (11). Hubo, por ende, una crisis económica en la compañía del ferrocarril y se les dieron tierras a los trabajadores como forma de pago en vez de dinero en efectivo. Simultáneamente, las bananeras se fortalecieron y se fueron formando los pueblos cerca de cada bananera, los que hoy día constituyen la comunidad de la zona. Los trabajadores levantaron estas comunidades donde fundaron sus escuelas e iglesias, mantenían sus maneras de vivir, sus tradiciones y prácticas culturales. Instrumentales en tal proceso fueron las mujeres que llegaron acompañando a los hombres. Harpelle observa:

One important group that is always overlooked are the women who arrived in the region as daughters, sister, wives, and mothers of the workers. Since they were seldom contracted for work in the West Indies they were not counted as part of the labor drive and the details of their arrival are less clear. Nevertheless, thousands of women did make their way to the region, where they too found employment in and around the construction project. (13-14).

Debido entonces a la paulatina trasmutación, tanto racial como cultural, del pueblo costal, no solo de Costa Rica, sino centroamericano, Corticelli observa que “[...] los habitantes no tenían un color definido por las infinitas mezclas que se habían dado a lo largo de los siglos, tampoco había una rígida división de clase [...]” (19). De igual manera observa que: “La religión, el matrimonio, la vida cotidiana se desarrolla [en la zona] según leyes y creencias que no son excluyentes ni exclusivas de un grupo a otro.” (19). Simultáneamente, Paula Palmer mantiene que la población de la zona hablaba predominantemente el inglés

creole, por haber venido en su mayoría de Jamaica, o a través de Panamá o Nicaragua, aunque jamaicanos originalmente, y que conservaba sus costumbres en comida, música, estructuras familiares, etc. (ver Palmer 3 y 14).²

Según apuntan Meléndez y Duncan, el censo de 1927 cuenta un total de 19,136 negros jamaicanos en Costa Rica, lo que representaría, con respecto al total de la población del país, el 4.1%. De ese total, residían en la provincia de Limón 18,003 personas, lo que representaba el 94.1% del total de negros del país. El censo de 1950, que es el último en que se califican las razas en Costa Rica, nos da la información de la existencia en todo el país de un total de 15,118 negros. En Limón se encuentran 13.749, es decir el 91.8% de ellos (ver Meléndez y Duncan 84 y 85).

De la estadística aquí presentada sobresale la segregada realidad del pueblo costarricense hasta hace relativamente poco, quizás porque la zona atlántica quedaba, hasta mediados del siglo XX, muy lejos de la metrópoli del país. No sólo en kilómetros o por difícil acceso cruzando las montañas, sino más bien por la polaridad cultural entre el Valle Central y los gobernantes blancos del país por un lado, y los trabajadores negros del trópico, por el otro. Resulta significativo que hasta la mitad del siglo, a finales de la revolución en 1949, estaba prohibido para los negros pasar de la zona atlántica al Valle Central, es decir, que no podían pasar en tren, el único transporte público que se encontraba en la zona, más allá del último pueblo localizado al pie de la montaña, Siquirres. Afortunadamente, la nueva constitución de la república aseguró la libertad de movimiento para todo el pueblo y poco después fue construida una carretera entre la capital y el puerto de Limón. No obstante, no fue hasta durante los años 70 que se registró una población negra estableciéndose en la zona metropolitana. Las razones deben haber sido varias como, por ejemplo, la inseguridad frente a una cultura diferente, falta de oportunidades, bajo nivel educativo, dificultades lingüísticas, la simple falta de deseo y, sin duda, el bienestar dentro de su propia cultura.

A pesar de la segregación existente entre el Valle Central y la zona atlántica, no se ignora la existencia del proceso de transculturación que tuvo lugar durante siglos. Esto ocurrió

² Ver también el estudio cuidadosamente llevado a cabo en la novela *Limón Blues* de Anacristina Rossi (2002) y críticas acerca del tema, p.ej. los artículos de Garðarsdóttir. Además, ver la teorización de Róger Churnside y Rafael Cuevas Molina.

principalmente en la costa atlántica, es decir, entre el pueblo negro y el pueblo indígena, donde, por la elevada cantidad de jamaicanos, sobresalen las costumbres y las tradiciones antillanas, tanto en Limón y los pueblos de la costa, como en las bananeras (ver Palmer 257).

Transculturación reflejada en la literatura

Ahora bien, para observar la producción literaria costarricense y cómo esta refleja la sociedad y la realidad de la zona atlántica, nos encontramos con publicaciones de escritores blancos motivados, quizás, por compromisos ideológicos y/o políticos. Por ser la obra literaria realista más conocida, en primer lugar aparece la novela *Mamita Yunai* (1940) de Carlos Fallas.³ Se trata de una novela político-sindical que presenta al negro y su circunstancia denunciando la explotación del negro como trabajador en condiciones infrahumanas, o como lo expone la Editorial Costa Rica: “que narra las circunstancias más íntimas y desgarradoras de quienes debieron solventar sus necesidades humanas en el corazón de los banales”.⁴ En segundo lugar aparece Fabián Dobles que trata el tema del negro por medio de sus personajes de color y su conflictivo desarrollo psicológico.⁵ No obstante, lo notable de su presentación es que, en parte, ignora la importancia de las etnias porque, según revela, todo hombre es hombre y comparte las mismas características personales. Además, sobresalen las figuras de Joaquín Gutiérrez y Abel Pacheco, mientras durante la última etapa del siglo XX resalta la presentación del negro en las novelas de Anacristina Rossi, *Limón Blues* (2002) y *Limón Reggae* (2007) (ver Garðarsdóttir, “Að skyggnað”).⁶

Existen de manera igual tres momentos históricos reflejados en la literatura nacional costarricense escrita por negros. El primero es el de la perplejidad, es decir, el periodo cuando

³ Carlos Luis Fallas (1909-1966), es además conocido por sus novelas *Gentes y gentecillas* (1947), *Marcos Ramírez* (1952), *Mi madrina* (1954), varios cuentos y otros escritos.

⁴ Consúltese <<https://www.editorialcostarica.com/catalogo.cfm?detalle=1333>>.

⁵ Fabián Dobles (1918-1997). Destacan sus novelas *Ese que llaman pueblo* (1942), *Una burbuja en el limbo* (1946), considerada su mejor producción, y *En el San Juan hay tiburón* (1967). En 1970 recopiló sus relatos en *Cuentos de Fabián Dobles*. La recopilación *Obra completa* salió publicada en 1995.

⁶ Joaquín Gutiérrez (1918-2000) es el autor del famoso personaje infantil, Cocorí. Abel Pacheco (1933) es conocido por sus novelas *Paso de tropa* (1969) y *Más abajo de la piel* (1972).

los blancos y los negros no se conocen. El segundo momento es el de préstamos culturales y es el momento cuando el negro aprende español y acepta permanecer en el país. El tercer momento abarca las décadas a partir de la guerra civil, cuando comienzan a tomar lugar la interacción y las confrontaciones diarias, y, por consiguiente, la transculturación y la transmutación más eficaz. A medida que tratan de entenderse, el blanco al negro y el negro al blanco, es cuando el novelista Quince Duncan aparece en la escena como representante de la generación intelectual que rompe fronteras en el campo de la comunicación intercultural.

Observando a Quince Duncan tanto como un producto histórico costarricense como un protagonista y mediador cultural, encontramos que nace en un pueblo fundado por los trabajadores del ferrocarril en 1940 de padres antillanos. Su lengua materna es el inglés creole pero es educado en español. Se traslada al Valle Central durante su juventud donde permanece a lo largo de su vida, haciendo largas visitas a su pueblo natal, Estrada. Las obras literarias de Quince Duncan y sus libros de carácter histórico-cultural llegan a un número elevado y los temas de sus trabajos más comúnmente tratan la situación y la vida del negro costarricense, la lucha por la identidad y la denuncia sociocultural, además de tratar los valores universales del hombre: el amor, la esperanza, la soledad y el miedo. Lo notable de su estilo temprano es el uso de metáforas locales caribeñas: los dientes como filas de mármol y el color de los personajes como carbón, oro o como la noche. Sus escenas, presentadas de manera retrospectiva, dan una visión circular a sus trabajos, donde las tramas no se desarrollan según el orden cronológico, sino circular, muchas veces por el uso de los lazos familiares.

Para el tema de la transculturación observamos que Fernando Ortiz en su artículo “Del fenómeno social de la ‘transculturación’ y de su importancia en Cuba” (1975) discute la transculturación como “transmutaciones de culturas” (86) y explica que la transculturación incluye tanto la “desculturación o exculturación” como la “aculturación o inculturación” (87). Simultáneamente, Ángel Rama en sus formulaciones teóricas, como las desarrolladas en el libro *Transculturación narrativa en América Latina* (1982), discute la misma temática y coincide con Ortiz al exponer:

Entendemos que el vocablo *transculturación* expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una cultura, [...] sino que el

proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial desculturación, y además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse neoculturación. (33).

De manera comparable, la investigadora María Rita Corticelli, en su estudio *El Caribe Universal* (2006), enfatiza la tensión de este proceso, ya que se trata de

Una sociedad que se construye a través del choque constante entre las varias culturas que le dan vida, y que en su proceso de formación necesita de sacrificios reales simbólicos para conjurar la violencia y el sufrimiento causado por la búsqueda de su identidad (26).

En cuanto a la formación de la identidad, Magda Sepúlveda y Manuel Baeza observan que cada individuo establece su identidad reflejándose en su entorno cultural, evaluando sus condiciones históricas y geográficas, su origen, etc., y los papeles genéricos. En consecuencia, la identidad personal se construye dentro de un espacio y tiempo determinados y cada individuo elige, consciente- o inconscientemente, de los modelos al alcance para formar su “yo” personal (ver Montobbio 132). Ángel Castiñeira observa que:

[...] el individuo, en interacción con los demás va forjando un ideal del yo [...] de cualidades o atributos obtenidos de la diversidad de modelos que los diferentes grupos de su sociedad ofrecen [...] un relato que vamos construyendo” (53).

Testimonios para todos los tiempos

Ahora, con el propósito de investigar el tema de la transmutación de culturas y la integración del pueblo negro en la sociedad blanca costarricense resulta interesante observar la primera publicación de cuentos de Quince Duncan, *Una canción en la madrugada* (1970).⁷ La colección no fue compuesta por el autor, sino por un grupo de académicos en San José y, por lo tanto, refleja lo que los editores consideraban sus mejores trabajos hasta ese momento. La

⁷ La colección de cuentos *Una canción en la madrugada* (1970) ha sido reproducida en *Cuentos escogidos* (2004). Las referencias provienen de la última.

colección contiene diez cuentos, todos breves, escritos, como todos los trabajos de Duncan, en español; en el texto casi no se encuentran préstamos lingüísticos del inglés creole.

Los personajes principales son negros, gente que vive en Limón o alguno de los pueblos pequeños cercanos, pertenecientes a la zona atlántica.⁸ En muchos de los cuentos el personaje principal es una mujer en torno de la cual giran los demás personajes, representando la multiplicidad de la condición humana, pero es ella la que lleva a cabo la tarea de dar a conocer el mensaje del autor (ver Donald 90). Los cuentos parecen casi *snap-shots* de la vida diaria y una representación de la vida cotidiana de la sociedad caribeña costarricense, hasta tal momento desconocida para la población blanca del país. Es interesante que no parezca existir ninguna relación con el mundo exterior ni comunicación hacia los afueras de la zona. Temáticamente, se exponen los recuerdos de la niñez, quizás la niñez del autor, representando los tiempos cuando era prohibido salir de la zona y cuando el pueblo de uno constituía el ombligo del mundo y la zona tropical de Costa Rica representaba el mundo entero.

La realidad que da a conocer el autor revela por ejemplo que “los días de Siquirres son secos, quemantes, brasa que hace sudar” (15) y las noches “besos de luna, caricia y canción” (15). La gente se mantiene ocupada con “lo que surge en silencio a través de la sonrisa, del roce de la piel, del beso” (16). “Amor, sí y el amor es una canción en la madrugada” (17). Durante los días de la semana la vida gira alrededor de fincas, machete, insectos, plantas, banano y “otra vez la noche” (18), mientras los domingos implican “un largo abrazo, que unió labios y palabras y dos nubecillas en lo alto del cielo, y el credo... el callado credo” (21).

Algunas de las representaciones llegan a ser como cortometrajes. Recuerdos de la guerra civil (ver 29); de un entierro según la tradición antillana con pan limonense, aguardiente, bacalao frito y dominó (ver 39), todo en abundancia; las travesías con la maestra jugando con los poderes inexplicables (ver 43-50); las luces sin cable, el sudor y las pesadillas de los pies. De la colección sobresalen, según mi juicio, dos cuentos muy cortos. Por un lado, “Dos caminos” (51-54), donde una anciana de un pueblo enfatiza la necesidad de la educación, de la interacción y de la transculturación:

⁸ En “Duelo entre amigos” (23-25) aparecen dos personajes: “Uno era jamaicano de pura cepa. [...] El otro era un cartago de Taras. [...] Nadie supo jamás cómo empezó la extraña amistad.” (23).

Tambores. Clamor de una juventud pujante que despierta y vive. –Irán a la ciudad... a la capital, donde la educación es mejor. Imán que todo lo atrae, todo lo induce, insaciables ansias de saber. –allá vivirán pobremente. Quizás alguna vez les faltará el pan cotidiano. ¡Ah muchachos! Es dura la empresa que les aguarda. (51).

A continuación el autor interviene en el texto y aclara que la anciana “conocía las causas, yo, las terribles consecuencias. Me miré en el espejo de mi propia vida: quince años de mundo, quince estériles años superados uno a uno con inútil paciencia.” (52). El lector percibe que el autor hace referencia a los quince años que pasó en su pueblo natal sin participar activamente en el proceso transcultural y, simultáneamente, a los quince años que vivió en la capital. El texto se presta a interpretaciones múltiples, aunque también ofrece una vía única para el ciudadano de la zona. La anciana dice todo lo que se necesita saber:

Aprenda, hijo, aplique su cabeza. La llave de su futuro está en el estudio y en el esfuerzo. En la misma medida en que aprende el idioma será hombre o sombra. –dos caminos tiene, hijo; el camino del cieno en donde se vegeta y muere, y el de la gloria que es constante lucha. Escoja. (51).

Luchar para entrar en el mundo del blanco para aprender y, aunque no aparece como meta exclusiva, para dejar huellas en el terreno del blanco. Según la anciana este proceso presenta una esperanza para un futuro diferente y mejor. El último cuento de la colección, “Una carta” (65-73), donde un joven ha salido del pueblo para la capital, revela el próximo paso necesario para el proceso de la integración. Cuenta cómo el joven sale de casa y deja a su madre, una mujer mayor, con la responsabilidad de cuidar a sus siete hijos, todos de madres diferentes, en espera de recibir noticias y dinero de su parte. Todos los días, durante más de dos años, la madre camina, bajo el intenso calor de la tarde, a la estación para esperar que llegue la carta. Mientras aguanta una pobreza extrema y lucha para que sobrevivan sus nietos, no cuestiona nunca la situación ni pierde la esperanza. El día cuando finalmente llega el envío los niños comen carne y ella vuelve orgullosa a su casita. Lo importante para la madre no es tanto el dinero que envía el hijo de la capital, sino el hecho de que, según la carta, “se había matriculado en el Colegio Nocturno, y eso era más importante aún” (71). Lo importante para

el bienestar es terminar la carrera y tener un título. Ella sabe que la gente joven tiene que ganarse la entrada a la sociedad del Valle Central y la sabiduría de la selva allí no tiene validez, ni tampoco cuenta su herencia cultural.

Desde sus primeros cuentos Quince Duncan nos ha presentado los temas principales que se irán desarrollando en sus siguientes obras, aunque de distintas maneras y modos diferentes. El eje principal será el negro y su circunstancia; el yo soy yo y mi circunstancia ortegana en el mundo real y verdadero. Así, su novela *Los cuatro espejos* (1973) revela una continuidad temática con el último cuento de la colección anterior. El autor da a conocer las circunstancias de un hombre joven instalado en la ciudad capital San José, un mulato de la zona atlántica que ha dejado a sus hijos en su pueblo natal y está enfrentando un conflicto, frente al espejo, definiendo su identidad y su ser en este momento. Para abrir la novela el autor usa la técnica de la retrospección, que comienza en un tiempo cercano al nuestro, pero que se va alejando progresivamente hacia el pasado, no solo del protagonista sino también de la población de la región. La lucha por la identidad requiere un viaje en el tiempo, en el espacio y en la realidad, y Duncan hace que el protagonista salga de su pueblo para estudiar, casarse e instalarse dentro del mundo blanco en la capital. Pero, al no encontrarse bien, siente la necesidad de retenerse, reconsiderar sus pasos y volver de nuevo al lugar de su origen para intentar encontrarse a sí mismo y determinar cómo quiere llevar su vida. Con el propósito de lograr tal meta viaja en tren a la zona atlántica, solo para encontrar que ahora tampoco pertenece allí. Es decir, el personaje tiene que continuar participando en el proceso de integración y transculturación porque no existe el desarrollo retroactivo, sino únicamente el paulatino avanzar. Dentro de estas circunstancias, su mujer también se encuentra en la situación de tener que determinar su posición frente a las verdades de su marido. Ella se encuentra en el mismo cruce y tampoco puede volver. Los personajes tienen que seguir su rumbo porque han sido transmutados y representan el pueblo que no será nunca igual a lo que fue. La interacción cultural entre los pueblos costarricenses está en marcha y hay que aportar al proceso lo necesario para llevarlo a cabo.

Por medio de la novela Quince Duncan hace un esfuerzo por presentar el impacto de la transculturación sobre la vida privada y las comunicaciones personales, mientras sus trabajos

anteriores habían tratado principalmente las costumbres, el clima, la comida, etc. En adelante, además de ficción, publicará trabajos de estudios históricos, girando hacia lo antropológico, para tomar así un papel de mediador entre las distintas culturas étnicas de su país. Duncan asume el rol de portavoz de su pueblo que a través de siglos había guardado sus sabidurías en la tradición oral, para ahora en adelante encontrar estos conocimientos representados por la palabra escrita. De tal manera se vuelve, quizás, el pionero en la práctica del “afrorrealismo” dentro de las letras costarricenses (ver Duncan, “El afrorrealismo”).⁹

Entonces, al observar en más detalle la novela *Los cuatro espejos* (1973), nos encontramos frente a pasajes educativos e informativos puestos al servicio de los personajes. No obstante, la información y los mensajes revelados nos llegan de una manera indirecta, aunque presentados con una fluidez de estilo para que gradualmente lleguemos a conocer las distintas historias. Se sobreentiende que no es solamente el personaje ficticio que está en crisis, sino que su papel es representativo y que hay otros involucrados en la lucha por la identidad, quienes tratan de entender el proceso de la transculturación.¹⁰ El papel de las mujeres en esta obra, como en las demás obras de Duncan, es importante porque aparecen como agentes de las distintas esferas culturales y para el personaje principal el sexo y las mujeres son inseparables. El protagonista ha tenido o va a tener relaciones sexuales con todas las mujeres presentadas, menos la sirvienta. En primer lugar, con su esposa blanca, quien al responder cuando la busca en la noche “no me despeines amor...” (6), influye sin saberlo de manera determinante en el desarrollo de la búsqueda de identidad del protagonista. En segundo lugar, vienen las relaciones que tiene con sus mujeres de antes al volver a su lugar de origen: las del pueblo, las de Limón y las de la calle que hacen que de nuevo termine en el lecho de su esposa. El proceso de redescubrimiento puede representar simplemente una desesperación o una crisis psicológica, pero más convincente será observarlo como una presentación simbólica

⁹ Duncan define de la siguiente manera las seis características básicas del afrorrealismo: 1) El esfuerzo por restituir la voz afroamericana por medio del uso de una terminología afrocéntrica; 2) la reivindicación de la memoria simbólica africana; 3) la reestructuración informada de la memoria histórica de la diáspora africana; 4) la reafirmación del concepto de comunidad ancestral; 5) la adopción de una perspectiva intracéntrica; 6) la búsqueda y proclamación de la identidad afro. (Ver “El afrorrealismo” 11).

¹⁰ En el texto la urgencia de la crisis se percibe por comentarios como: “Entonces miré el espejo. Un hombre de pelo desordenado, apareció frente a mis ojos. Algo le faltaba a la imagen.” (14). Más adelante, el personaje comparte: “No he soñado. No veo mi rostro.” (18).

de la búsqueda de la identidad (ver Montobbio 134). Hacia el final de la novela el protagonista termina en el lugar del comienzo, en la situación que expuso su abuelo hace años al comentar que

ustedes no son negros, pero tampoco son blancos. Son gente de color, nunca se olviden de eso. No quiero a ninguno de ustedes casado con una negra. Búsquense una mulata o una inglesa. Hay que subir de color para escapar. (112).

El personaje principal de Duncan, su portavoz, se encuentra ahora en una situación conforme y tranquila. Su viaje al pasado le mostró que aunque las personas que encontró allí estaban contentas y se sentían bien, para él no sería el lugar conveniente.

Es interesante observar que el pueblo visitado en *Los cuatro espejos* (1973), será la escena de su libro *La paz del pueblo* (1976), su novela más compleja y complicada en cuanto al estilo y tema. El texto presenta simultáneamente tres historias, aunque al principio parece que no hay ninguna vinculación entre las tres. No obstante, poco a poco, llegamos a entender que Quince Duncan revela por vía retrospectiva las vidas de tres generaciones, contadas por la abuela, la madre y la hija. La narración cubre la historia de la negritud en Costa Rica, desde el siglo XIX hasta finales del siglo XX y se aprovecha de las mujeres como agentes culturales porque son las que unen y transmiten las tradiciones y las herencias culturales. Los hombres giran alrededor de ellas y cumplen sus roles de representar diferentes razas, tendencias políticas y opiniones, además de exponer características personales. El varón va y viene mientras que la mujer se queda en su pueblo bananero al lado del río que corre sin cesar. Al pueblo llegan los indios, los negros, los blancos y los mulatos, todos para participar en la continuación de la historia, es decir, para escribir la intrahistoria del pueblo costarricense y para asegurar así una continuidad socio-cultural, política e histórica, sin entender su importancia.

En esta obra el autor goza de su función de dar a conocer las particularidades de la zona atlántica, la naturaleza, las costumbres, las creencias, las supersticiones y las maldiciones. Los personajes son portavoces de mensajes y a la vez son instrumentos del autor. No parecen tener vida propia, porque siempre hay un rol que les espera en la próxima página o en el próximo

capítulo. El estilo es descriptivo lo que hace que el propósito de la novela parezca ser el de dar a conocer las diferentes esferas culturales costarricenses para luego poder construir la narración que sirve a un propósito didáctico e informativo.

Quince Duncan describe con confianza el ambiente y las circunstancias que está presentando porque ha vivido en esa zona, así como estudiado y analizado la temática. No obstante, no solamente presenta la cultura, sino también las condiciones actuales y verdaderas de explotación y de injusticia. En la novela *La paz del pueblo* se encuentra una denuncia determinante contra la injusticia social. La lucha de clases está presente a través de asesinatos y huelgas en las bananeras, donde la opresión se presenta a través de violaciones y abusos. Todos están involucrados y afectados, no solo los individuos en las bananeras, sino toda la comunidad. Por primera vez en la obra de Quince Duncan se encuentra la presentación de un menosprecio profundo, basado en la injusticia social, un odio que une y divide al mismo tiempo. Une a los trabajadores y los aleja de las autoridades y de los terratenientes que usan a los funcionarios como sus sirvientes. Une a la gente del pueblo para respaldar a “ese moreno que es todo un hombre. [...] un fugitivo, acusado de rebelde y de huelguista” (187). Une al pueblo en todas sus variaciones raciales, en la identificación con su cultura y creencias: “Vieron con toda claridad, en el profundo silencio de la madrugada, el silencio del medio día. (Cuminá danzaba la paz del pueblo). [...] todos oyeron a lo lejos una carcajada de mujer que venía del río” (187).

Conclusiones

Queda entonces aparente que el mensaje de Quince Duncan a comienzos de la década de los 70 implica que la paz del pueblo existe como posibilidad si se tiene claro para qué se la necesita. Según la novela, la paz no se logra con solo identificar una meta común ni al proponer un pueblo homogéneo, sino promoviendo la co-existencia racial y étnica con todas sus variantes, sus características culturales y diferencias religiosas. Es decir, el proceso de transculturación e integración del pueblo costarricense a través de la historia ofrece en la realidad una vía fiable. Las obras, como instrumentos de investigación y representación socio-

cultural, revelan diferentes etapas del cambio socio-cultural. Los cuentos y las novelas, basadas en las experiencias vividas y las observaciones personales de la realidad, hacen que la progresión paulatina de la transmutación quede registrada.

La primera etapa es la de la juventud y la de la limitada comunicación interracial y multicultural. Los personajes de la colección de cuentos *Una canción en la madrugada* (1970) actúan dentro de su propia cultura y se relacionan con gente de su propia raza, hasta el último cuento presentado, donde un personaje sale de la cultura negra y se acerca al marco cultural blanco. En la siguiente publicación encontramos un cambio. La gran parte de la novela *Los cuatro espejos* (1973) sucede en San José, dentro de la realidad del blanco. Tiene lugar una interacción cultural directa por medio de un matrimonio mixto situado dentro de un ambiente académico urbano. El personaje principal es un mulato que ha salido del mundo negro para vivir en el mundo del blanco, pero un día sale en tren para su zona de origen en búsqueda de su identidad, confirmando la observación de Ángel Castiñeira, acerca de que:

[...] el individuo, en interacción con los demás va forjando un ideal del yo a partir de la apropiación [...] de cualidades o atributos obtenidos de la diversidad de modelos que los diferentes grupos de su sociedad ofrecen (42).

El protagonista efectúa el viaje a la zona atlántica para encontrar la riqueza de las relaciones personales, a medida que enfrenta una turbulenta confrontación de identidad, de lugar en la sociedad y de entendimiento propio. Su auto-retrato bajo construcción hace eco de las formulaciones teóricas que explican la identidad como:

[...] un relato que vamos construyendo, desplegando, revisando y transformando a partir de los diversos procesos de identificación y desidentificación vividos, que vamos conectando con los relatos de nuestro contexto sociocultural (Castiñeira 47).

Finalmente, en la novela *La paz del pueblo* (1976), el punto de partida resulta aún más comprometido. Se presenta una situación conflictiva de la zona bananera durante una huelga general, enfatizando más propiamente la lucha de clases. La novela da a conocer un pueblo pequeño de la zona atlántica costarricense donde personajes de diferentes etnias han

compartido sus vidas durante décadas. La transculturación ya no es un tema personal ni propio, sino social y político. Las confrontaciones son públicas, abiertas y globales. Se presenta a un pueblo donde la población ha llegado a construir una comunidad en la que el respeto mutuo y el entendimiento recíproco hacen posible la interacción y la unidad cuando estos se necesitan para el bien de todos. El pueblo como microcosmos representa un macrocosmos nacional alcanzable.¹¹ En él no ha tenido lugar una asimilación cultural abarcadora total, sino una transmutación inicial y necesaria para engendrar una identidad nacional nueva. En resumidas cuentas entonces, la relectura contemporánea de la representación literaria de Quince Duncan de los años 70, confirma su vocación de “no considerar la diversidad étnica como un peligro para la unidad nacional, sino ... [de] abrazarla como una gran riqueza” (Duncan, “El afrorrealismo” 19). Por medio de sus testimonios tempranos, presenta la transculturación de su pueblo y la integración (multi)cultural, indispensable para la transición idiosincrática del pueblo, y como resulta haber sido en el caso de Costa Rica, un proceso gradual, lento y todavía en camino.

Bibliografía

Baeza, Manuel. *Los caminos invisibles de la realidad social: ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales*. Santiago, Chile: Red Internacional del Libro, 2000.

Bernard, Eulalia. *Ciénaga*. San José: Ediciones Guayacan, 2006.

Castiñeira, Ángel. “Naciones imaginadas: Identidad personal, identidad nacional y lugar de memoria”. *Casa encantada. Lugares de memoria en la España constitucional (1974-2004)*. Ed. Joan Ramón Resina y Ulrich Winter. Madrid: Iberoamericana, 2005. 41-78.

Corticelli, María Rita. *El Caribe Universal: La obra de Antonio Benítez Rojo*. Berlín: Peter Lang, 2006.

Cuevas Molina, Rafael. “Tendencias de la dinámica cultural en Costa Rica en el siglo XX”. *Cuadernos de historia de las instituciones de Costa Rica*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 2003. 2-42.

¹¹ No obstante, resulta interesante observar cómo, en la novela *Limón Reggae* (2007) de Anacristina Rossi, las diversas minorías del Atlántico costarricense viven en una profunda desconfianza. También, cómo Eulalia Bernard representa la conciencia negra contemporánea y el entorno costal culturalmente inhóspito en su poemario *Ciénaga* (2006). Según revelan estas autoras, la identidad nacional continúa siendo manipulada por la imagen del mestizo europeo –cuanto más blanco, mejor– (ver Soto-Quirós; Garðarsdóttir, “Að skyggnastr” 59).

- Churnside, Róger. “Yo soy limonense”. *Tiempo y Testimonio*. San José: Nuestra Tierra, 1999. 23-32.
- Donald, Gordon K. *Lo jamaicano y lo universal en la obra del costarricense Quince Duncan*. San José: Editorial Costa Rica, 1989.
- Duncan, Quince. *Los cuatro espejos*. San José: Editorial Costa Rica, 1973.
- Duncan, Quince, ed. *El negro en la literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica, 1975.
- Duncan, Quince. *La paz del pueblo*. San José: Editorial Costa Rica, 1976.
- Duncan, Quince. “Una canción en la madrugada”. *Cuentos escogidos*. San José: Editorial Costa Rica, 2004. 13-73.
- Duncan, Quince. “El afrorrealismo, una dimensión nueva de la literatura latinoamericana”. *Anales del Caribe*. La Habana: Casa de las Américas, 2006. 9-19.
- Fallas, Carlos Luis. *Mamita Yunai*. San José: Editorial Costa Rica, 2007.
- Garðarsdóttir, Hólmfríður. “La mujer de color: identidad y la diáspora global de subalternidad”. *Género y Globalización en América Latina*. Eds. María Clara Medina y Edmé Domínguez. Red HAINA, Serie IV, University of Gothenburg, 2007. 171-183.
- Garðarsdóttir, Hólmfríður. “Að skyggjast í skúmaskotinu. Um fjölmenningsamfélag við Karíbahafsströnd Kostaríku í verkum Anacristina Rossi” [Peering into Dark Corners: Costa Rican Multicultural Communities as Represented by Anacristina Rossi]. *Milli mála*. Reykjavík: University of Iceland Press, 2011. 31-63.
- Gudmundson, Lowell, y Justin Wolfe, eds. *Blacks & Blackness in Central America: Between Race and Place*. Durham and London: Duke University Press, 2010.
- Harpelle, Ronald N. *The West Indians of Costa Rica: Race, Class and the Integration of an Ethnic Minority*. Kingston, Jamaica: Ian Randle Publishers, 2001.
- Lefever, Harry, G. *Turtle Bougue: Afro-Caribbean Life and Culture in Costa Rican Village*. Selingsgrove, PA: Susquehanna University Press, 1992.
- Lohse, Russell. “Cacao and Slavery in Matina, Costa Rica, 1605-1750”. *Blacks & Blackness in Central America. Between Race and Place*. Eds. Lowell Gudmundson y Justin Wolfe. Durham and London: Duke University Press, 2010. 57-91.
- Meléndez, Carlos, y Quince Duncan. *El negro en Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1981.
- Montobbio, Manuel. “Sobre la identidad de la identidad en la era de la globalización”. *Revista de Occidente* 352 (2010): 130-159.

Mosby, Dorothy E. *Place, Language and Identity in Afro-Costa Rican Literature*. Columbia, MO / London: University of Missouri Press, 2003.

Ortiz, Fernando. “Del fenómeno social de la ‘transculturación’ y de su importancia en Cuba”. *Contrapunteo cubano del tabaco y azúcar*. Ed. Enrico Mario Santí. Madrid: Cátedra, 2002. 254-262.

Palmer, Paula. *Waápin man: La historia de la costa talamanca de Costa Rica según sus protagonistas*. San José: Instituto del Libro, 1986.

Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. México, D.F.: Siglo XXI, 1982.

Rossi, Anacristina. *Limón Blues*. San José: Alfaguara, 2002.

Rossi, Anacristina. *Limón Reggae*. San José: Editorial Legado, 2007.

Sepúlveda, Magda. “La construcción de identidades, sus imaginarios y su posición en la literatura”. *Taller de letras* 32 (2003): 6-78.

Soto-Quirós, Ronald. “Imaginando una nación de raza blanca en Costa Rica: 1821-1914”. <<http://alhim.revues.org/2930>> (22 de abril de 2014).

“Mamita Yunai”. <<https://www.editorialcostarica.com/catalogo.cfm?detalle=1333>>. (25 de abril de 2014).

Wade, Peter. *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia*. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press, 1995.